

Construyendo (la capital de) Europa como una heterotopía

Building (the capital of) Europe as a heterotopy

Eric Corijn

Filósofo y sociólogo. Profesor de Geografía Social y Cultural, Universidad Libre de Bruselas, y director del Centre for Urban Research-COSMOPOLIS
eacorijn@vub.ac.be

RESUMEN

El proyecto de unificación europea necesita de la imaginación para conseguir la adhesión de la población. Ese es el papel que puede jugar una ciudad capital, no sólo para ser la sede de las instituciones, sino también para constituirse como el lugar donde se desarrollan las artes, la cultura y la innovación relacionadas con el proyecto. Convertirse en una capital de Europa sería un buen proyecto urbano para Bruselas. Para ello, hace falta una evaluación crítica de los efectos del proceso de unificación con una fuerte dialéctica centro-periferia. En dicho proceso, el estilo de vida mediterráneo se está desvaneciendo, aun siendo una parte vital de la "europeidad". Al objeto de construir un imaginario europeo posnacional e invertir en el proyecto de una ciudad capital se necesita una identidad descentrada en un espacio heterotópico.

Palabras clave: Europa, Bruselas, capital, urbanidad, imaginarios urbanos

ABSTRACT

The European unification project requires imagination to achieve the support of the population. Its role should be that of a capital city, not only the location for its institutions, but also as the place for developing arts, culture and innovation related to the project. To become such a capital of Europe would be a good urban project for Brussels. But to achieve that, a critical assessment is needed of the effects of the unification process with very strong centre-periphery dialectics. In that process the Mediterranean way of life is fading away, though it represents a vital part of "Europeanness". Constructing a postnational European imaginary and investing that in the project of a capital city needs a decentered identity in a heterotopian space.

Key words: Europe, Brussels, urbanity, urban imaginaries

(Traducio del inglés por Enrique Díaz Álvarez)

Para convertirse en la capital de Europa, Bruselas necesita asentarse en los mapas mentales de los europeos, de tal forma que simbolice plenamente el proyecto europeo. Una ciudad capital funciona, en primer lugar, en el imaginario colectivo. En el presente artículo, queremos abordar algunas cuestiones derivadas de esta perspectiva: ¿Qué es lo que exactamente se debe simbolizar cuando hablamos de la Unión Europea? ¿Cómo se relaciona esto con la condición urbana de la ciudad capital? ¿Bruselas ofrece las características necesarias para ello? ¿Quiénes serían los agentes centrales de este proceso? ¿Dónde podría llevarse a cabo? Si pretendemos tratar estas cuestiones es porque son un ejemplo del nexo global-local y muestran que los procesos de globalización también deben ser pensados a nivel del desarrollo de los barrios.

Bruselas es la sede principal de las instituciones europeas: alberga la Comisión Europea y el Consejo de la Unión Europea; allí se desarrollan las actividades diarias del Parlamento, y el Comité de las Regiones tiene sus oficinas en la ciudad, así como también el Comité Económico y Social Europeo. Las reuniones del Consejo Europeo se celebran en Bruselas. En 2001, por ejemplo, el presidente de la Comisión, Romano Prodi, y el primer ministro belga, Guy Verhofstadt, invitaron a un grupo de intelectuales para preparar un informe sobre “Bruselas, capital de Europa” (Comisión Europea, 2001). No hay duda de que Bruselas se ha convertido en el centro principal del proceso de unificación institucional de Europa. Es el territorio y el lugar de las principales instituciones. Más de 40.000 miembros del personal de la UE están trabajando en oficinas de la ciudad, y cerca de 200.000 personas viven ahí debido a las funciones de la Unión Europea. Así lo confirma la prensa internacional, al asignarle ese rol cuando informa sobre las cuestiones comunitarias. Los titulares de los medios de comunicación suelen señalar “Bruselas ha decidido que ...” o “asuntos de Bruselas ...”, por mencionar algunos ejemplos en donde se utiliza el nombre de la ciudad para notificar la toma de decisiones institucionales europeas. Este *pars pro toto* es, en muchos casos, una forma de ocultar la composición de los organismos de decisión. Los informes sobre el Parlamento Europeo se refieren a la asamblea, mientras que a la serie de decisiones tomadas por la Comisión o incluso por el Consejo (¿de ministros nacionales!) se les denomina como “Bruselas”. El nombre está, pues, mayoritariamente relacionado de forma negativa a la toma de decisiones no representativas, a la “burocracia” europea y al lado más opaco de Europa. Cada vez que una decisión parece imponerse por encima de los estados nacionales o las poblaciones, se le vincula al déficit democrático.

De esta forma, la imagen de Bruselas está asociada con la percepción dominante del proceso de unificación europea: un mercado que está conduciendo a la unificación, y a la transferencia de la soberanía nacional para la toma de decisiones no elegidas y no transparentes. Los tratados existentes concentran la unificación en tres pilares: integración económica, una política exterior y de seguridad común así como la cooperación policial y judicial. La mayor parte de la “constitución imaginaria de la sociedad” (Castoriadis, 1975) sigue en manos de los estados nacionales, que siguen siendo responsables de la

reproducción social y cultural. Este “hueco” en la construcción europea ha sido denunciado repetidamente (Corijn, 1998)¹.

EN BÚSQUEDA DE LA IDENTIDAD EUROPEA

En la elaboración del tratado constitucional europeo, la búsqueda de una “base cultural” común llevó a un debate sobre la importancia del cristianismo para la “europeidad”, como marco de una tendencia transnacional existente basada en la capacidad de organización de la iglesia católica romana. Esto condujo a una discusión sobre la separación entre el Estado y la Iglesia y, por lo tanto, sobre el papel central que juega el Estado laico. No ha habido ningún otro intento por definir un enlace trans-nacional, por no hablar de una cultura post-nacional. El proyecto de unificación europea se presenta como un dispositivo para el mantenimiento de la paz y la cooperación internacionales, que busca conducir un continente poderoso hacia un mundo competitivo. Como evidencian los debates en torno a la Constitución, básicamente se manifiestan dos tipos de oposición. Por un lado se encuentran los nacionalistas “soberanistas”, que defienden al Estado-nación como el único nivel de regulación legítima de los asuntos sociales, económicos y culturales; mientras que, por el otro, están los pro-europeos, que rechazan el desequilibrio entre la integración impulsada por el mercado y el desarrollo de la renta, el bienestar y la seguridad social.

El rechazo del Tratado Constitucional en Francia y los Países Bajos, aunado al consiguiente retraso en el proceso de ratificación, abrió, al menos, una crisis mental en el proceso de unificación que ha puesto de manifiesto la división entre el liderazgo europeo y grandes segmentos de la población. Dicha crisis se profundizó con la falta de acuerdo sobre el presupuesto en el verano de 2005, en una cumbre que dividió al propio liderazgo europeo. En ese entonces, los analistas consideraron que el desacuerdo era entre los impulsores de un tratado de libre comercio, frente a los defensores de una integración política federalista de mayor alcance. En todo caso, parece claro que el proyecto existente se encuentra en una encrucijada: optar por una unidad de menor grado, u otra de carácter más sustancial. De ahí que algunos líderes europeos hayan hablado de una “crisis de identidad”. Desde entonces

1. Véase también el manifiesto « *Pour une Europe basée sur sa culture* », elaborado a iniciativa del artista Bernard Focroulle y firmado por numerosos artistas europeos en vísperas de las elecciones europeas de 2004.

no ha habido ningún cambio significativo de la situación. La importancia de una capital europea, por supuesto, es completamente diferente para las dos corrientes. Los partidarios de una zona de libre comercio conservan o mantienen todos los elementos culturales de la sociedad dentro de la configuración del Estado-nación. Los federalistas, en cambio, ven la necesidad de ofrecer un programa social en el que Europa se convierta en un registro de identificación social. Por ello hablan de un “modo de vida europeo”, o sobre elementos específicos de “normas y valores” europeos que puedan definir al continente. En breve tendrán que admitir y apoyar la construcción de una identidad posnacional.

El proceso de unificación europea ha favorecido, sin ninguna duda, el surgimiento de una nueva cultura de consumo de la clase media, reconocible en todas las culturas nacionales. Ya los primeros estudios sociológicos describen los modos de vida en Europa (Scardigli, 1976; 1983; 1987; 1989). Las tendencias básicas de cualquier proceso de integración en el espacio europeo son similares: la industrialización y la postindustrialización, la urbanización y la mercantilización. En general, hay un proceso de des-tradicionalización de las culturas rurales y un tránsito que las convierte en culturas de consumo, modernas y urbanas. Al igual que en los mapas sociales y económicos de Europa, parece ser que la denominada “banana azul” (*blue banana*) también marca las tendencias en el estilo de vida y la evolución cultural. Así es como se conoce al corredor central de Europa que va desde el sur de Inglaterra, pasando por el “Randstad” holandés, y la red urbana belga, así como del Ruhr al Beieren en Alemania, hasta el norte de Italia. El 19% de la UE-27, más dos áreas (Noruega y Suiza), reúnen el 60% de la población y el 72% del PIB. La regulación fordista, en la base de los primeros procesos de integración económica, se incorporó culturalmente en las culturas protestantes del noroeste europeo, para luego aplicarse al modelo escandinavo. El denominado capitalismo social, el “modelo de Rhineland”, se ha basado principalmente en convenios de productividad y, por lo tanto, en un productivismo profundamente arraigado. El crecimiento económico se basa en el crecimiento rápido de la productividad del trabajo. Se necesita una “mentalidad” inspirada en la ética del trabajo, con una clara separación entre el tiempo de trabajo y el tiempo libre, así como en las relaciones contractuales modernas, etc. Aquello que Weber (1967) llamó “el proceso de racionalización”, y enfatizó como “*zweckrationalität*”.

En este sentido, el “modo de vida europeo” en construcción se encuentra fuertemente determinado por los valores burgueses “protestantes”, ya que se han integrado en las culturas nacionales del Reino Unido, los Países Bajos, Alemania, Escandinavia, etc. De esta forma, la integración europea ha presionado el “modo de vida mediterráneo” (Scardigli, 1987). Esto parece un déficit, tanto desde el punto de vista de la calidad de vida, como de las raíces históricas de la “europeidad”. Quizá en esta división histórica entre el norte germánico y el sur románico radica la dificultad de construir un imaginario colectivo; ya que esa separación se sigue reproduciendo a través de la desigual, pero coordinada, evolución económica al lado de los *limes* romanos. Por ello, siempre hemos insistido en la importancia de superar lo que divide y mirar hacia atrás, a los orígenes mediterráneos del imaginario europeo (Corijn,

1994; 1998; Corijn et.al., 2000; Corijn, et.al., 2004). Aún bajo la gran presión productivista del norte, buena parte de las características de la “buena vida” se siguen cultivando en el sur. Por supuesto, esto todavía está por ver en la práctica, especialmente a través de las culturas transnacionales y las prácticas sociales existentes.

LA URBANIDAD COMO LA CONDICIÓN DE LA GLOBALIZACIÓN

Estos laboratorios de “europeidad” posnacional se encuentran, en cualquier caso, en las ciudades, que ofrecen un espacio para las nuevas e híbridas culturas emergentes que se basan en la constante interacción y diálogo con el “otro”. La globalización –y el proceso de integración europeo, que es a la vez parte de y reacción ante ella– es también urbanización. La condición urbana constituye la forma de vida de la mayoría de la humanidad; pronto abarcará al 80% o 85% de la población mundial. Lo mismo puede decirse de la dinámica europea. La red urbana es el espacio del mercado único, y de las verdaderas prácticas de integración social. Es, y se vuelve cada vez más, un “espacio de flujos” (usando el término de Castells, 1996, 1998). En realidad, están funcionando diferentes geografías. El proyecto de integración europea, pensado como una mayor colaboración entre los estados-nación (y concebido como un puzzle o mosaico), se duplica por la intensificación de las interacciones a través de la red urbana: la conectividad de la integración real, el formato del mercado único, la conformación de itinerarios de la libre circulación de capitales, bienes y servicios, la geografía real del proceso de unificación. Pero esa red urbana carece de expresión y de discurso. La política y las instituciones políticas permanecen atrapadas en sus circunscripciones nacionales, en las que las ciudades se representan como la unidad más pequeña en una estructura tipo matrioschka de mundo, continente, país y ciudad. Europa sigue siendo (sólo) representada como una suma de estados miembros (soberanos), cuando decir Europa es referirnos a una historia de diálogo intercultural e interreligioso. La “crisis de identidad” es el resultado tanto del estancamiento de los mecanismos de integración política, como de la imposibilidad de expresar la “europeidad” a través del diálogo intercultural.

Una ciudad no es un país. Un país se construye sobre la imagen del “carácter común” (*commonness*), que se puede convertir en una comunidad y en la base de una nación. La cultura nacional construye una tradición, un pasado común, que legitima una identidad. Es en ese marco donde la representación cultural y política es posible. Y la nación funciona como contenedor territorial. La ciudad y la vida urbana, sin embargo, no se ajustan a ese marco, son excepcionales, porque se basan en la diferencia, en la pluralidad de funciones,

actividades y culturas, en la construcción y la creatividad basada en el encuentro entre extraños. La cultura urbana no es tradicional, sino que por el contrario expresa destinos comunes que se proyectan hacia el futuro. La identidad no viene dada, sino que es un producto híbrido de la interacción; no puede ser fácilmente representada y, por lo tanto, requiere de una acción e interacción permanente, de una participación constante para “hacer”. Esa tensión entre la nación y la ciudad se pronuncia aún más en la ciudad capital: París no es Francia; Berlín no es Alemania; Nueva York no es Estados Unidos. Estas capitales son el producto de la proximidad constante entre la cultura nacional y las diferencias con el resto del mundo. Las ciudades capitales producen una cultura emergente, vinculan a la nación con el mundo, y deconstruyen las identidades nacionales hacia la universalidad, permitiendo que el espacio de los flujos sustituya al espacio de los lugares.

Urbanidad no es solamente multiculturalidad. Ziauddin Sardar (2004) sostiene que la modernidad introduce una visión desigual de las culturas, en la medida que se plantea a sí misma como un modo distintivo y superior de la existencia. Así, todos los demás modos de ser, hacer y saber se consideran, de forma implícita, como inferiores. De esta forma, se adjudica el monopolio del futuro y el progreso, desarrollando una visión estática de la tradición. En ese sentido, las “otras” culturas se presentan bajo sus características más estáticas, como si fueran sólo pasado y no tuvieran otro futuro que el de integrarse a la modernidad (occidental). Este enfoque no sólo está en continuidad con la ilustración, el colonialismo y el proceso de “civilización”, sino también con un “pasado románticamente imaginado” (ibídem: 10) en el que su posición elitista se mantiene en el diálogo intercultural. La perspectiva modernista se impone, al ser aceptado que una posición de “subdesarrollo” sólo puede ser superada mediante la “modernización”. Todas las culturas, excepto la blanca, se presentan como “étnicas”. Una relación de este tipo entre las culturas instala la realidad multicultural como una actitud o acercamiento tolerante hacia la diferencia desigual. La igualdad es, entonces, la expresión de la uniformidad (*sameness*), mientras que la identidad es la percepción de la diferencia.

Este marco no permite unas dinámicas interculturales equitativas. Para lograr la paridad entre las diversas culturas, se debe buscar un espacio cultural que esté libre del peso de esa modernización. Un espacio que Sardar denomina como “transmodernidad”, en donde las relaciones interculturales puedan aspirar a encontrar la manera de construir su futuro, e intenten trascender las diferencias culturales para averiguar lo que les une. Este espacio es la condición para la “reciprocidad y confianza” (Rose y Wadham-Smith, 2004), un producto de la buena disposición de las culturas para ser dinámicas en la construcción del futuro, y para ver a la tradición como algo que no es fijo o inmutable. Semejante diálogo intercultural acepta a las diferentes tradiciones culturales como dinámicas y no reductibles, admite modernidades diferentes, acepta la existencia de cosas buenas y malas en todas las culturas, y observa al futuro común como una construcción abierta. Esto lleva a una “diversidad mutuamente asegurada” (*mutually assured diversity*), entendida como una aceptación común de la diferencia y de las dinámicas de interrelación que va más allá de la tolerancia amable del multiculturalismo.

URBANIDAD EUROPEA COMO IDENTIFICACIÓN

En ese sentido, la “europeidad” representa un registro diferente al de una “internacionalidad europea”, en la medida que es un registro mucho más próximo o afín a la cultura urbana y a la red interurbana. La capital europea tiene que ser mucho más que la mera sede de las instituciones inter-nacionales y su expresión cultural. Tiene que estar en el centro de la red urbana y en la vanguardia del desarrollo de la cultura que surge, precisamente, del hecho de ser una ciudad del mundo, tanto a nivel de la conectividad global-continental, como de la convivencia intra-urbana. De hecho, este programa nace exactamente de los mismos elementos presentes en la ciudad capital de un país; es algo más que la sede del Estado, el lugar de la monarquía, la presidencia, el parlamento o la administración pública... Es también la construcción intelectual y artística del proyecto nacional, en tanto que es donde se muestra que las diferencias regionales pueden ser superadas, que la concentración y la proximidad ayudan a la creatividad intelectual y artística (universidades, academias, escuelas, exposiciones, festivales), y que la capital ofrece las plataformas, coaliciones y centros de reflexión necesarios para alimentar el proyecto y los intereses nacionales. A este nivel, la ciudad capital siempre estará por delante de la “provincia”; de la misma manera, una capital europea necesitará estar en la “vanguardia” de las naciones e incluso de la propia UE.

Hasta ahora nos hemos ocupado de las características necesarias del proyecto de construir una capital europea. Es preciso desarrollar una imagen que pueda estar presente en los mapas mentales de los europeos y que se asocie positivamente con el proyecto y el proceso de unificación europeos. Dicha asociación tiene dos vías: por un lado, la conexión real con las instituciones del proyecto, especialmente con su función representativa, y por el otro, la conexión más simbólica con la creatividad que expresa el futuro del proyecto. La atmósfera de la ciudad capital requiere proyectar a los ciudadanos y visitantes el futuro más integrado y cosmopolita que se ha prometido. De alguna forma tiene que materializar la idea. La capital europea debe ser un espacio de flujos, y generar elementos ilustrativos de la cultura posnacional, así como del desarrollo socioeconómico sostenible y de una plena integración social redistributiva. Los actores centrales para un proyecto semejante no son las instituciones, especialmente si éstas permanecen atrapadas en la ambivalencia del proyecto europeo, sino que deben buscarse en el contexto urbano de la ciudad en cuestión. En mi opinión, la mejor opción para esta misión es la creación de una plataforma apropiada, una coalición entre el gobierno local, agentes urbanos e instituciones, así como las élites “glocales” involucradas.

EL DESTINO DE BRUSELAS ES EUROPA

¿Es Bruselas la candidata adecuada para un programa semejante? Al menos es la ciudad que puede hacer frente a esta pregunta, ya que es la sede de las principales instituciones europeas y es designada como tal por las cumbres y los medios de comunicación. Es evidente que Bruselas está fuertemente imbricada con la historia y la geografía de la UE, y que es el centro y núcleo histórico de la integración (occidental) europea (Bélgica es uno de los seis miembros fundadores, y la ciudad está en el corazón de la “banana azul”, en la interfaz de las culturas románica y germánica, a la mitad de camino entre París, Londres y Berlín, etc.). Por otra parte, también está bajo la presión de los efectos del posible reequilibrio hacia el centro de Europa central, así como de la extensión al sur y al este. Como Van Parijs *et. al.* (2010) han argumentado, Bruselas no es sólo una opción sostenible, sino que es muy poco probable que otra ciudad pueda, alguna vez, ocupar esa posición. Así, actualmente Bruselas es la única ciudad que puede pretender construir un proyecto urbano para convertirse en la capital de la UE. El que sea sostenible o no dependerá, en gran medida, de la misma realidad urbana y del éxito de dicho programa. En la última parte de este ensayo abordaremos algunos de los factores de éxito intrínsecos del proyecto.

Bruselas es una pequeña ciudad mundial

Bruselas es una ciudad relativamente pequeña². La población oficial en la región de Bruselas-capital es de 1,1 millones de personas. Sin embargo, la aglomeración morfológica se compone de 36 municipios con un total de 1.356.208 habitantes. Los 64 municipios que constituyen la región más amplia de la ciudad abarcan 250 km² y ya cuentan con cerca de dos millones de habitantes. Esta ciudad no está entre las primeras cien ciudades más pobladas del mundo, pero en la mayoría de rankings se sitúa entre las diez primeras, ocupando los lugares intermedios. En una investigación del grupo GaWC³, Bruselas ocupa un lugar prominente en lo referente a servicios legales y otros organismos de carácter global. Es uno de los principales centros mundiales de las organizaciones no gubernamentales, y una de las tres regiones más ricas de Europa. Al ser la ciudad sede de las instituciones europeas y de la OTAN, cerca de 200.000 personas que habitan en ella están relacionadas con cuestiones de la política mundial. De ahí que cuente con espacio para más de 12 millones de m² de oficinas.

2. Cuando nos referimos a Bruselas, hablamos de la región de Bruselas, compuesta por 19 municipios.

3. Globalisation and World Cities (Grupo de Estudios sobre Globalización y Ciudades Mundiales): www.lboro.ac.uk/gawc.

Bruselas es una ciudad dividida

En general Bruselas es una región rica; con un PIB del 170% de la media europea, se ubica, después de Londres y Hamburgo, como una de las regiones más acaudaladas de Europa. Pero, al mismo tiempo, la ciudad tiene una gran concentración de barrios marginales. Cerca de 100.000 habitantes están desempleados, y la tasa de desempleo es del 22%⁴. Casi el 40% de las familias residen en barrios pobres, y se estima que el 16% de la población vive por debajo del umbral de la pobreza. Todo esto lleva a fuertes desigualdades socioespaciales en la ciudad. Los barrios centrales alrededor del canal concentran los ingresos más bajos, mientras que los acomodados municipios del sureste albergan a los altos estratos sociales.

Bruselas necesita urgentemente una visión urbana unificadora

Desde el punto de vista de la dinámica urbana, y para evitar caer en un callejón sin salida, es necesaria la voluntad de realizar un esfuerzo para desarrollar una visión de movilización urbana; este proyecto debe enraizarse en Bruselas. No puede derivarse o provenir de las distintas funciones estatales por el mero hecho de ser la capital de Bélgica, la capital de Flandes o la capital de la comunidad francesa de Bélgica. Es evidente que estas funciones están bajo la amenaza de la reforma del Estado que está en curso en Bélgica y del fomento de la autonomía regional. La identidad no se puede lograr mediante la integración a una cultura dominante, ya que la realidad multicultural continúa incluso desarrollándose hacia una mayor mezcla e hibridación. Actualmente más del 50% de los habitantes tienen raíces extranjeras, y más del 40% de los hogares en Bruselas son multilingües; tendencia que parece ser que continuará. Esta breve reseña nos indica la dificultad de obtener un guión o argumento sólido del pasado, una dificultad que sólo se hace mayor debido a la ausencia de un liderazgo político fuerte.

4. Véase: <http://www.irstat.be>

TRANSFORMAR LAS DEBILIDADES EN OPORTUNIDADES

Hemos tratado de indicar las razones históricas e institucionales que hacen de Bruselas una parte del Estado belga, con medios débiles de autoexpresión. Bruselas no sería propiamente una ciudad; es como si su urbanidad perteneciera a su subconsciente. Estas deficiencias parecen ser oportunidades para una serie de actores urbanos que se benefician de la diversidad sociológica de la ciudad, sin ser enfrentados a autoridades que hablan su mismo idioma. Sin embargo, en su mayoría son partes pequeñas o específicas de un sector de la sociedad civil que surge alrededor de ciertos espacios o proyectos (Groth y Corijn, 2005). De cualquier manera, en el sector cultural la energía para representar el diálogo intercultural y la interconexión mundial va en aumento. Proyectos como Zinnekeparade, KunstenFESTIVALdesArts o BxlBravo se están convirtiendo en elementos que representan a Bruselas, más allá del marco institucional existente y con gran visibilidad y alcance. Todos ellos se construyen exactamente en la proximidad plural de culturas y tradiciones muy diferentes, y lo utilizan como entorno creativo. Estas experiencias influyen, cada vez más, en la política urbana, y se encuentran a un paso de formar parte del debate político.

Como hemos argumentado a lo largo de este artículo, se puede observar un gran parecido formal entre el hecho de representar a Bruselas como ciudad y la cuestión de representar la “europeidad” legitimando un proceso de unificación europea. En ese sentido, el desarrollo de Bruselas como ciudad (mundial), y como capital de Europa, forma parte de la misma agenda. Los actores urbanos que expresan la urbanidad como producto de la interacción intercultural tienen que encontrar a los agentes interesados en imaginar la ciudad capital europea (Magosse, 2005). Este encuentro no es sólo una cuestión virtual, se podría –en una primera fase– buscar su espacio específico. En este punto observamos que el desarrollo del barrio europeo de Bruselas tiene una gran relevancia. Transformar el barrio de la UE en el *city centre* europeo, en el centro urbano de la capital de Europa, debe contemplarse como uno de los proyectos urbanísticos que están vinculados con la ingeniería de la imaginación (“*Imagineering*”) de la capital europea en su conjunto.

Durante más de 40 años, el barrio europeo de Bruselas se ha constituido como el territorio o el espacio para el emplazamiento de las instituciones europeas en el tejido urbano. Ha sido una operación muy dolorosa y agresiva de principio a fin. En general, los agentes locales han sido muy ambivalentes con respecto a estos procesos. Las autoridades nacionales y regionales, aunado a los agentes económicos, han respaldado la cuestión mediante un simple cálculo monetario de costo-beneficio. Las autoridades y la sociedad civil locales han sido más críticas al respecto, por los efectos negativos que han conllevado sobre el tejido urbano y los precios del mercado. La resistencia vecinal organizó una lucha por las compensaciones urbanísticas, al objeto de defender la subsistencia de las viviendas,

en contra del espacio proyectado para oficinas. Realmente la cuestión de cómo construir una capital europea nunca estuvo en el orden del día. No ha sido hasta hace poco que se ha creado esta agenda, la cual ha empezado a influir en el debate sobre la planificación urbana de los barrios⁵. Cada diagnóstico del barrio europeo indicará el peligro que conlleva el predominio de la monofuncionalidad institucional en caso de que no exista un fuerte contrapeso por parte de la sociedad civil o de la economía local. Además, algunas de estas instituciones europeas (Parlamento, Consejo) están obsesionadas por la seguridad, y prefieren el aislamiento en detrimento de su integración en el barrio. Unos pocos habitantes, junto con organizaciones de izquierda, no son lo suficientemente fuertes para imponer la mezcla urbana necesaria. Es por ello que todos los planes tienden a reforzar la presencia no institucional en la zona. Sin embargo, mientras no haya un diagnóstico general del propio proyecto europeo, estas alternativas se seguirán reduciendo, en su mayoría, a traer otros edificios y otras actividades institucionalizadas (como la propuesta de una gran sala europea de conciertos en la plaza Van Maerlant).

Nos gustaría defender, en primer lugar, la necesidad de llenar a ese barrio de actividades. Lo que se necesita es un tipo de proyección del temperamento de ese vecindario para contrarrestar la monofuncionalidad institucional. Si aceptamos que el barrio está dedicado a la UE, esa planificación debe tener su origen en la agenda antes analizada. En otras palabras, esa actividad debe tratar de expresar la “europeidad”. Y eso tiene que llevarse a cabo con los elementos ya presentes en Bruselas. La idea es tratar de atraer y fomentar un buen número de prácticas interculturales, sociales y urbanas para expresar el diálogo intercultural. En la vocación de ese barrio se deben incluir las oportunidades derivadas de la presencia de miles de ciudadanos europeos. Llevemos este razonamiento un paso más allá. La respuesta clásica a esta propuesta sería: “está bien, vamos a construir un edificio especial, vamos a organizar una asociación especial y vamos a debatir sobre un presupuesto”. En otras palabras, vamos a “institucionalizar” la propuesta⁶. Pero si se pretende incorporar al proyecto europeo en la elaboración de la urbanidad de Bruselas, las cosas no pueden seguir pensándose de esa manera. Se tiene que buscar un programa sociocultural que pueda encontrar una plataforma de agentes urbanos diversos, además de buscar un proyecto que constituya un ejemplo de espacio público europeo, que pueda ser conservado por la población de Bruselas y ser reconocido por diferentes usuarios y visitantes. Por lo tanto, debe ser, en primer lugar, un programa de espacio público en el verdadero sentido del término⁷.

5. Para conocer la discusión completa, véase Magosse, 2005.

6. Después de la publicación del “Plan de medios de comunicación”, un análisis urbanístico con alrededor de 144 propuestas para el área, la discusión rápidamente se redujo a la solicitud de una sala de ópera para un nuevo y gran teatro.

7. Véase el debate y la campaña en torno a la idea de “Le mail des citoyens”, como un área ciudadana en frente del Parlamento Europeo, en lugar de una elitista entrada ceremonial.

Si se mira más de cerca la morfología del barrio europeo, llama la atención que el área pública central sea un parque que se encuentra en medio de los edificios de las tres instituciones principales, los tres barrios urbanos involucrados (Quartier Leopold, Plazas y Jourdan) y los espacios públicos más pequeños (Place du Luxembourg, Place Jourdan, de Correo l'Espace Léopold, Place Jean Rey, rotonda Schuman). En efecto, el parque Léopold ocupa una posición estratégica para el desarrollo de un centro neurálgico de la ciudad capital europea. Este parque de 11 hectáreas fue construido en 1851 como un jardín botánico, y se convirtió en un jardín público en 1880. Históricamente, es parte de la extensión urbana que llevó a cabo el rey Leopoldo II. En otros tiempos, fue el escenario de ferias, mercados y buena parte del entretenimiento urbano. Desde entonces, se ha llenado de instituciones científicas como el Museo de Historia Natural, el Instituto Pasteur, cinco edificios de la universidad, el Instituto Dental de Eastman, etc. Pero, paulatinamente, ha perdido su centralidad urbana. Fue clasificado como monumento en 1976 y ahora está escondido detrás del Parlamento Europeo, como el jardín trasero de los MEP (eurodiputados).

Si Bruselas quiere convertirse en la ciudad capital europea, este parque –en tanto que es un punto central entre las instituciones europeas– debe ser recuperado como parte de Bruselas y ser reconocido como tal, en primer lugar, por sus ciudadanos. La idea de transformar este parque en un espacio urbano y llenarlo de vida urbana significativa para todos sus ciudadanos (como el Central Park de Nueva York o el Retiro de Madrid), debería ser parte de un programa para la imagen europea de la ciudad y la reintegración de ese barrio dentro del tejido urbano. Además, podría servir como base para el uso de recursos mediterráneos en la vida pública al aire libre. Las atracciones y lugares de interés podrían ser la expresión de una multiplicidad de prácticas sociales interculturales en espacios urbanos abiertos, tanto para los funcionarios europeos y sus familias, como para el público de Bruselas en general. En este sentido, en lugar de ir ocupando gradualmente los edificios con las misiones diplomáticas, se debe dar preferencia y orientar las actividades estatales a pequeña escala. Algunas de las recomendaciones del *think tank* Prodi-Verhofstadt (un centro de idiomas y traducción, una biblioteca virtual europea, laboratorios interculturales, etc.) podrían utilizarse en esos edificios históricos, así como también en otros sectores de la sociedad civil (universidades, iglesias, asociaciones). De esta manera, nos gustaría señalar, más detalladamente, la metodología propuesta: combinar los huecos o vacíos existentes para crear oportunidades. El déficit cultural del proyecto europeo necesita una expresión intercultural y un constructo posnacional. La realidad multicultural de Bruselas busca un resultado más allá de las representaciones institucionales existentes. El barrio europeo debe transformarse de un mero centro de oficinas, a un centro urbano con relación y sentido multifuncional. El uso de estos huecos y espacios vacíos, en tanto que tiempos-espacios de menor resistencia para futuros laboratorios, podría abrir caminos para el desarrollo de una representación cultural urbana de Europa.

LA CAPITAL COMO UNA HETEROTOPÍA

En « Des espaces autres », Foucault (1967) acuñó el término heterotopía para indicar las instituciones y los lugares en conflicto con la normalidad y continuidad. La urbanidad necesita ciertas “zonas francas” o “espacios de indeterminación” para poner en marcha y ejercer de manera efectiva la interculturalidad, la multifuncionalidad y la convivencia con extraños⁸. En su intento por lograr una teoría general de la heterotopía, Dehaene y de Cauter (2005) retroceden a la polis griega, en tanto que fue ahí donde lo público y lo privado, la política y la economía, se dividieron entre oikos y ágora. Pero también hay un tercer espacio: el cementerio y el templo, el teatro y el estadio deportivo. Dehaene y Decauter argumentan que desde Hipódamo (el padre del urbanismo) en adelante, y por medio de Aristóteles, este tercer espacio, un espacio sagrado al lado del público y el privado, es fundamental para la polis. Para estos autores, ese tercer espacio representa exactamente lo que es la heterotopía: otro espacio diferente del político y económico. En una forma secularizada se podría identificar como el espacio cultural. Pero es más que el sector cultural, es el espacio intermedio entre lo político y lo económico, que se extiende desde el templo (la acrópolis) hasta el cementerio (la necrópolis) e incluye todos los terceros espacios: “teatro, estadio, palestra, hipódromo, y el mundo académico” (ibídem: 72).

El concepto se puede aplicar al urbanismo, y juega un papel cada vez más importante en la definición de la urbanidad, precisamente como aquel producto de la constante confrontación con la alteridad, de la imposibilidad de fijar la identidad, y del proceso creativo continuo. El término también podría ampliarse al espacio virtual, en donde se lleva a cabo el proceso de unificación europea. La construcción de una polis europea ha quedado atrapada en la dialéctica entre un nuevo *oikos* versus una nueva *ágora*. Tanto el proceso económico como el político se encuentran en una profunda crisis, como lo demuestra la no ratificación del tratado constitucional y la imposibilidad para llegar a un acuerdo sobre el presupuesto. Cada ámbito cuenta con una oposición específica. Optar entre un mercado de libre comercio y el asistencialismo redistributivo es todo un dilema. La elección entre una colaboración flexible entre estados nacionales soberanos y los Estados Unidos de Europa se encuentra en una encrucijada. Es necesario considerar otro tipo de agenda, en donde los terceros espacios sean necesarios. Europa necesita heterotopías.

8. Véanse, Oswalt, Overmeyer y Misselwitz, 2004; Urban Unlimited Róterdam, 2004.

Una verdadera ciudad capital debería caracterizarse por la heterotopía europea. Y como Dehaene y Decauter claramente señalan, la dialéctica del espacio es también una dialéctica del tiempo. “Heterotopía no es un espacio, sino un tiempo-espacio. Por lo tanto la división de Hipódamo no es simplemente una distinción entre los territorios, sino que es una separación relativa de las “esferas” especializadas, de las entidades temporo-espaciales” (ibídem: 73). La heterotopía europea no debe interrumpir únicamente la continuidad del espacio. La ciudad capital, como el mapa de los países, es de otro tipo, e incluso es diferente de la nueva geografía de ciudades interconectadas. Está ahí para ser el nodo tanto de los flujos nacionales como de los flujos híbridos urbanos. Pero la heterotopía europea también debe interrumpir la continuidad del tiempo. La ciudad capital se tiene que ofrecer como un contra-tiempo (*counter-times*), y necesita producir la discontinuidad en la vida cotidiana de las comunidades europeas, un tiempo en el cual Europa está suspendida. Además de ser la sede de la vida institucional, el lugar habitual de reuniones y cumbres, la ciudad capital también necesita ofrecer su carnaval, su tiempo libre, su escape, su alteridad, así como sus momentos de catarsis. Podría ofrecer los elementos básicos de un programa y una visión urbana para la región de Bruselas, y ser una influencia práctica en la planificación de un centro de ciudad europea en torno a las instituciones existentes. Es una misión que reta el liderazgo urbano de Bruselas. Y será una contribución decisiva al proceso de unificación europea.

Referencias bibliográficas

- CASTELLS, Manuel. *The information age. Economy, society and culture* (3 vol.). Oxford: Blackwell Publishers, 1996-1998.
- CASTORIADIS, Cornelius. *L'institution imaginaire de la society*. Paris: Seuil, 1975.
- COMISIÓN EUROPEA/Presidencia Belga. “Brussels, Capital of Europe”. Final report, 2001.
- CORIJN, Eric. “Europe’s Unification Project and the Ethics of Leisure Studies”. En: Henry, Ian (ed.) *Leisure: Modernity, Postmodernity and Lifestyles*. Brighton: LSA Publications, 1994. P. 13-27.
- “L’Europe a besoin d’un projet multiculturel”. En: *Culture & Société*. Bruxelles: Ministère de la Communauté Française, 1998. P. 94-103.
- CORIJN, Eric ; DE CORTE, Stefan & DE LANNOY, Walter. « Bruxelles, de ville mosaïque multiculturelle à capitale méditerranéenne de l’Europe? » / « Brussel: van multiculturele en gefragmenteerde stad tot mediterrane hoofdstad van Europa ». En: Corijn, Eric & De Lannoy, Walter (eds.) *La qualité de la différence/ De kwaliteit van het verschil*. Brussel : VUB-Press, 2000. P. 17-27-41.
- CORIJN, Eric; DE CORTE, Stefan & DE LANNOY, Walter. “From a Multicultural and fragmented city towards the ‘Mediterranean’ capital of Europe”. En: *INURA, The contested metropolis. Six cities at the beginning of the 21st century*. Basel/Boston/Berlin: Birkhauser, 2004. P. 78-88.

- DEHAENE, Michiel & DECAUTER, Lieven. "Hippodamus's 'Third space'. Towards a general theory of heterodoxie". En: *The rise of Heterotopia. Public space and the architecture of the everyday in a post-civil society*. Leuven: EAAE Colloquium, 2005. P. 70-86.
- FOUCAULT, Michel. « Des espaces autres. Conférence inédite ». En : *Dits et écrits, IV*. Paris: Gallimard, 1967.
- GROTH, Jacqueline & CORIJN, Eric. "Reclaiming Urbanity: Indeterminate spaces, informal actors and urban agenda setting. A case study in Helsinki, Brussels and Berlin". *Urban Studies*. Vol. 42. No. 3 (2005). P. 511-534. London: Routledge.
- MAGOSSE, Reinoud. "Imagining (the capital of) Europe". En: Hein, C. *Bruxelles, l'Européenne. Capitale de qui? Ville de qui?*. Bruselas: ISACF-La Cambre & La Lettre volée, 2005.
- OSWALT, Philip; OVERMEYER, Klaus & MISSELWITZ, Philip (eds.) *Urban catalyst. Strategies for temporary use*. Berlin: Studio Urban Catalyst, 2004.
- ROSE, Martin & WADHAM-SMITH, Nick. *Mutuality, Trust and Cultural Relations*. London: Counterpoint, British Council, 2004.
- SARDAR, Ziauddin. *Beyond Difference: Cultural relations in the New Century*. London: British Council, 2004.
- SCARDIGLI, Victor. *La consommation, culture au quotidien*. Paris: P.U.F., 1976.
- *Ways of life and social change in Europe*. Bruselas: E.E.G., 1983.
 - *L'Europe des modes de vies*. Paris: CNRS, 1987.
 - "Consumption, Leisure and Lifestyle in Western Europe". En: Filipcovà, Blanca; Glyptis, Sue & Tokarski, Walter (eds.): *Life Styles, Theories, concepts, methods and results of life style research in international perspective*. Prague: ISA13/Academy of Sciences (2 vol.), 1989. P. 302-321.
- URBAN UNLIMITED ROTTERDAM et.al. *The shadow city. Freezones in Brussels and Rotterdam*. Rotterdam, 2004. 64 págs. No publicado.
- VAN PARIJS, P. & VAN PARIJS, J. "Brussels, capital of Europe: a sustainable choice?". *Brussels Studies*. No. 38 (2010).
- WEBER, Max. *The protestant ethic and the spirit of capitalism*. London: Allan & Unwin, 1967.